

PERSONILLAS DE POSTIN

Pintoresca historia de una cupletista "bien"

En el festival aristocrático, en el convento y en el teatro

Leyó otra vez aquellas dos cartas, que habían llegado en el mismo correo, como si los resultados del éxito vinieran para ella unidos por la casualidad.

En una de las misivas, estaba el ofrecimiento de un contrato en condiciones tentadoras para que la célebre cancionista se decidiera a trasladarse a América y actuara allí en importantes teatros.

La otra carta era del representante de una acreditada casa productora de obras cinematográficas, proponiéndole a la artista que mediante una considerable retribución interpretase la protagonista en una film de gran novedad.

Elvira, después de releer aquellas cartas, quedó unos instantes en meditativo gozo. Los contratos que se le ofrecían significaban el éxito; eran como el reconocimiento de su personalidad artística, solicitada ya para actuaciones que se salían de la vulgar monotonía de los escenarios de varietés.

Sumida la joven en el amable recogimiento de su camerino, coquetón, aromado y lindo cual un estuche que la guardase a ella como delicada joya, pensó en la breve pero intensa historia de su vida de artista. Y se deleitó en aquellos recuerdos con la voluptuosidad de quien tras luchas tenaces y turbulentas, se ve al fin en la apacible serenidad del triunfo.

La artista, indolente en la pequeña butaca de seda y tisú color de oro, que parecía un diminuto trono de juguete, era (por su cuerpo de líneas suaves y estilizadas, destacando bajo la ceñida bata azul celeste con encajes color crema, y por su rostro, un poco pálido, de grandes ojos soñadores, y por su cabellera rubia, semejante a un nimbo de luz de sol) como una de esas princesitas románticas de los cuentos de hadas.

Y con la cabecita bella, como de ideal bibelot, recostada en el respaldo de la butaquita, pensaba Elvira en sus inquietudes pretéritas.

Y recordó su primera salida a escena, cuando Elvira de Amaya, allá en Zaragoza, su ciudad natal, era una jovencita de diez y seis años, niña mimada en la alta sociedad, a la que pertenecía su familia, una de las distinguidas y elegantes de la capital aragonesa.

Entonces, en un festival benéfico, organizado por elementos aristocráticos, en el teatro Principal, de Zaragoza, actuó Elvira como una de las atracciones de la función en la que participaban elementos de la sociedad elegante.

Elvirita de Amaya, interpretó unas canzonetas con tan deliciosa frivolidad, que en aquel festival fueron para ella el mayor éxito y las más estruendosas ovaciones. Además, cantó con voz dulcísima e irreprochable estilo; aunque esto ya no sorprendió tanto, porque la jovencita era ya considerada por sus amistades, desde hacía más de un año, como la alumna más aventajada del colegio en los cursos de solfeo y piano.

El placer de los aplausos, despertó en el espíritu de Elvirita, un anhelo febril de vivir el triunfo ante los públicos.

Y al día siguiente del festival, la niña mimada, a vuelta de unas zalamerías previas, le dijo a su padre una petición envuelta en unos rodeos.

—Oye, papá: si te pido una cosa, ¿qué me dirás?

—Mujer, según lo que sea.

—No, no; según lo que sea, no. Quiero saber si me dirás que sí o que no.

—Pero ¿qué sé yo, qué es lo que vas a pedirme?

—Pues ahí está el mérito—replicó riendo la muchacha—, que me lo concedas sin saber lo que es.

—Bueno; pues, sí. Dime ahora de qué se trata.

Elvira, alborozada, palmoteando alegremente, abrió un instante a su padre a besuquitos y caricias.

—Ay, mi papaito rico! ¿Que ha dicho que sí, ¡que sí!

—¿Pero quieres ya decirme de qué se trata?

Y no sin cierta prevención repentina, manifestó al fin su pretensión.

—Pues que quiero ser artista.

—¿Niña!, ¿estás loca?

—¿Loca? Ya verás tú que artista voy a ser. Porque tú acabas de darme permiso, ¿eh?

—¡Vamos! ¿Qué he de darte yo permiso para semejante insensatez?

La niña se enfurruñó.

—¡Vaya!, ¡pues eso no es! Tú me habías dicho que sí. Y ahora...

El padre, ya completamente formalizado, para atajar a tiempo aquella primera idea, la interrumpió rotundo:

—Nada. No se hable más de esa tontería. ¡Ni en bromal, ¿eh?

—Sí; pero tú me dijiste...

—¡Basta, Elvirita! Que no se vuelva a ocurrir esa estupidez. ¡Pues si que estaría bueno!

Al aristocrático señor, se le antojaba el colmo de lo absurdo, aquello de tener una hija artista.

Elvira, lista y decidida, comprendió que sería inútil insistir. Su padre era un aragonés de carácter seriete y recio, que no se doblegaba fácilmente.

La joven decidió esperar; pero maquinando un plan para salirse de la suya. La niña mimada, también era baturra. ¡caray!, y no se daba por vencida así como así. La firme terquedad del padre, había chocado con la inflexible tenacidad de la hija.



Con gran recato, escribió diversas cartas la joven a una tía suya, que residía en Madrid, y le comunicó sus irresistibles ansias de ser artista. Al principio, las contestaciones que Elvira recibió fueron, reconvenciones, consejos y regaños, para que desistiera de aquellas "malas tentaciones".

Pero al fin, Elvira, bellísima y constante, llegó a convencer a su tía, de que en ser artista no había nada pecaminoso.

Y aquella buena señora, que sentía verdadera adoración por su sobrina, acabó por ser la cómplice de ésta en sus proyectos de artista. Y ya de acuerdo, fué la tía a Zaragoza y se llevó a la joven a Madrid, para pasar una temporada.

Apenas había transcurrido un mes. Cuando una mañana, estaba el padre de Elvira leyendo un periódico madrileño, y de pronto se encolerizó terriblemente. ¡Cielos! ¿Era posible? ¡Pero, sí! Bien detallado estaba en aquel artículo.

Y fulminó su mirada sobre uno de los párrafos: "Elvira de Amaya, una jovencita bellísima, debutó ayer en el teatro Romea de esta Corte, y obtuvo un clamoroso éxito. Sinceramente, creemos que a la señorita Amaya, perteneciente, según se nos dijo, a una aristocrática familia zaragozana, la esperan grandes triunfos en su carrera artística."

Media hora faltaba para que pasase por Zaragoza el correo de Barcelona a Madrid. Pero tan apresuradamente hizo los preparativos—aquel señor, que aún alcanzó la salida del tren, con tiempo sobrado.

Tres días más tarde, conducida por su padre, Elvirita de Amaya ingresaba en un convento de Zaragoza.

Y allí quedó encerrada.

Una semana después, acudió el buen señor al convento a informarse de la conducta de su hija.

—¿Qué, cómo se porta mi hija?

La abadesa le dijo:

—Muy bien. La muchacha es buena, y muy amable, y muy simpática; nos tiene encantadas a todas.

—Pero de lo de ser artista...

—¡Ah! En eso insiste firmemente todavía.

—Ya cederá, poco a poco.

—Sí; eso creo yo. Ya cederá.

Pero se equivocaron. Pasaba el tiempo, y cada vez que Elvira era consultada por las monjas, sobre aquel punto, siempre la joven repetía con tozuda constancia de baturra:

—De eso, no hay que hablar. Algún día saldré de aquí. Y en cuanto salga, seré artista.

Luego, exaltadamente, afirmaba. ¡Oh! Ellas, humildes religiosas, no podían comprender lo que era la sensación incomparable de los aplausos, el goce de sentirse admirada por un público que rendía un homenaje de admiración a la artista...

Lentamente, de modo insensible, habían ido acostumbrándose las ingenuas religiosas a las descripciones mundanas de los teatros bulliciosos y de los éxitos y de las algarabías que Elvira las relataba.

Una tarde, ya muy avanzado el crepúsculo, en el recaño del umbroso jardín conventual, al pie de unos sauces de tupido ramaje, platicaba Elvira entre un corro silencioso de monjitas, que escuchaban boquiabiertas una de las narraciones de la joven.

—¡Si ustedes hubiesen presenciado mi debut!

Y les explicó. Lleno el teatro, esplendente de espejos y luces, como un ascua. Y el gentío abigarrado y algarero. Y el momento inquietante en que ascendió el telón y ella surgió sola en el escenario, ante la expectación del público. Y luego, oprimida ella al principio por el temor, pero pronto tranquilizada, había cantado unos cuplés, poniendo su alma entera, su ilusión toda, en emitir aquellas estrofas, que eran escuchadas con un silencio atento. Y después, de pronto, el aplauso, el aplauso atronador, que llegaba hasta ella, como una tromba de felicidad...

Las monjitas, la oían sobrecogidas. Una de ellas, se atrevió a la petición, que acaso estaba en el ánimo de todas.

—¿Y cómo era aquella canción?

—¡Oh! Así...

Y ante aquel público, de monjitas asustadizas, que temblaban de emoción por el horrendo atrevimiento, y cuyas blancas tocas estremecía la brisa al besarlas, elevó Elvira, quedamente, las cadencias sublimes de su voz purísima...

La abadesa, que oculta desde no muy lejos, cayó también en la tentación de escuchar, quedó en éxtasis inefable, sin atreverse a interrumpir la canción.

Pero al día siguiente, llamó con urgencia al padre de Elvira, y le dijo:

—Es peligroso que su hija permanezca aquí. Canta de tal modo, que al fin sería capaz de hacerse aplaudir por nosotras.

Y se persignó rápida, mientras añadía:

—Yo creo, señor, que debe usted dejarla buenamente que sea artista, y que Dios Nuestro Señor la proteja..., que sí que la protegerá.

Después que había permanecido año y medio en el convento, salió Elvira ya, con el consentimiento paterno, para dedicarse al arte de la canción.

Ahora, pensando en todo aquello, Elvira de Amaya recordaba rápidamente su primer éxito en Zaragoza, y luego en Málaga, donde al ensayar, la tomaron por una "fuerza", y luego alcanzó uno de los mayores triunfos que allí se recuerdan.

Y no olvidaba su consagración como canzonetista en Eldorado de Barcelona.

Hasta llegar al momento presente, en que sólo a los tres años desde su debut, era ya una artista célebre, a la que le

(Termina en la pág. 2.)

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

La vida de los aristócratas rusos

Un príncipe "chauffeur"

Es cosa conocida, que se hallan entre los "chauffeurs" de los taxímetros de Berlín antiguos oficiales y aun doctores. Pero una novedad extraordinaria para gran parte del mundo es la noticia de que un joven príncipe ruso conduzca hoy un automóvil de alquiler por las calles de la capital alemana. Cuando recibí, por fin su dirección, me dirigí a su domicilio, una pequeña pero muy cómoda habitación, donde el príncipe se presentó como amable joven y además como filósofo.

—Bien, ¿usted quiere saber algunos detalles de mi vida?— me dijo.

Creo que no necesito decirle que he nacido en una habitación más cómoda que esta donde nos hallamos ahora. Mis padres poseían en San Petersburgo un palacio y tres lindas casas. Unos veinte mayordomos y servidores teníamos y verdaderamente podíamos estar satisfechos. Nuestras propiedades en Wolhynia y Kaluga; nuestro cultivo del lino y nuestros huertos y minas de oro en el Cáucaso y en el centro de Asia, nos reportaban grandes ganancias. Mi padre, que fué general de Artillería y ayudante general del Zar, deseaba dedicarme a la carrera diplomática, y por esta causa he visitado el Liceo Imperial. Pero como yo quería ser profesor y mi padre consintió, me hice más tarde, en la Universidad de San Petersburgo, doctor en Derecho. En el año 1916 entré en el Ejército y fui soldado del regimiento de Guardias imperiales hasta la revolución; después volví a San Petersburgo. Pero allí no estaba seguro. Debía ocultarme, pues fui condenado a muerte, pero pude escapar y llegué así a Alemania.

—¿Y no pudo usted salvar nada de sus riquezas?

No, señor, nada. Nuestras casas de campo fueron saqueadas cuando volví de la guerra; nuestro palacio fué embargado y bajo administración de los revolucionarios; lo mismo ocurrió con nuestro dinero en los Bancos. Mi fiel mayordomo Demitri pudo solamente "robar" dos alfombras persas; y es paradójico decir "robar", pues todo era de mi propiedad. En todo caso me ha servido el dinero de las alfombras para la fuga. Después de llegar a Alemania, vendí nuestra finca de Beretsgaden; pero en la inflación perdí casi todo. Pensaba largo tiempo en mi porvenir y por fin me hice "chauffeur".

—¿Por qué ha escogido usted este oficio?

(El príncipe habla perfectamente inglés, francés, alemán y ruso, y de vez en cuando aconsejó como juriconsulto en el Palacio de Justicia de Berlín.)

—La cosa es bien fácil—respondió el príncipe—. Tenía siempre mi propio automóvil y sabía conducirlo bien. La profesión de juriconsulto no daba un sueldo suficiente, y ahora probaré el dedicarme a "chauffeur". Por lo menos es esto una cosa más constante. Además hay a menudo a una hora libre para aguardar a los clientes, y así hay tiempo para pensar. Estoy ocupado en escribir una pequeña obra filosófica sobre la evolución del pensamiento y el equilibrio espiritual. El oficio de "chauffeur" es, además del encanto que tiene como sport, un trabajo más independiente que otros, y no manda en uno más que un jefe.

—¿No hay para usted también horas en que piensa con sentimiento en su pasado y en que le entristezca su situación actual?

(Final de la pág. 1.)

proponían contratos en América y en importantes casas cinematográficas.

Notas de una intervú.

Elvira de Amaya tiene veinte años de edad.

Dice que sólo ha visto actuar a Raquel Meller una sola vez.

Al público valenciano está reconocidísima, por el cariñoso efusivo con que la trata.

—¿De amores? No hay nada—nos afirma sonriendo.

Y añade:

—Yo me casaría con un hombre que me quisiera mucho. Pero, ¿dónde encontrar ese hombre?

—¿Caray! ¿Había usted en serio?

—Naturalmente. En nosotras siempre hay la duda de si inspiramos amor sólo por ser artistas.

Termina Elvira de Amaya afirmando que el matrimonio sería lo único que le apartaría gustosa del arte escénico, que, hoy por hoy, es su ilusión.

Y esta es la historia de esa artista, que sin fugarse con un torero de cartel, y sin que nadie se haya suicidado por ella, y sin haber dado ella lugar a desafíos entre caballeros de notoriedad, ni haber realizado ninguna excentricidad de las que a otras dieron fama, ha llegado, por su solo esfuerzo artístico, en el mundo varietinista, a ser una indiscutible "estrella", pero de primerísima magnitud.

CAIRELES

—No, porque soy algo filósofo. He perdido la costumbre de pensar en el contraste entre el presente y el pasado, y voy a seguir la doctrina del emperador y filósofo Marco Aurelio. Marco Aurelio dice que es solamente la noción de una cosa que parece oprimirnos. Así ensayo no pensar en ciertas cosas. Puede ser sofisticado lo que hago. Pero el sofisma tiene muchas veces razón. También soy fatalista. Una cosa, que está destinada a venir, vendrá, hagamos esfuerzos para evitarlo o no. Pero no soy supersticioso. Las últimas noticias de Rusia que hablan de una revolución contra los bolcheviquis me dejan muy frío. Continuaré con mi oficio de "chauffeur". La pérdida de mis propiedades no me preocupa; mi suerte es trágica pero me equivocaría al desesperarme de mi situación actual.

Lo único que siento muchísimo es la pérdida de un monetario que he coleccionado con tanto esmero. Verdaderamente siento más el haber perdido este monetario, hecho por mis propias manos, que todas las riquezas que me han dejado mis abuelos.

—¿Es usted verdaderamente un filósofo? ¡El filósofo ¡el trabajo y de la aristocracia!

SIMPATIA Y LISTEZA

Más que en ninguna parte, en España florecen ovíparamente estos dos tipos espontáneos de arribistas: el hombre listo y el hombre simpático. Toda la historia política de España en los recientes lustros es como una descomposición de las posibilidades auténticas por el prisma de la simpatía y de la listeza. Y de ahí un vocabulario tan indígena que no consiente la traducción: "poner la zancadilla", "pegársela", "dársela con queso", "un viva la Virgen", "ahí me las den todas", "tener mal-lange", "tener cosas", "un sinvergüenza con gracia", "un fresco de Goya", etc., etc. Sería interminable. A mayor suma de simpatía y de listeza, y, por ende, más probabilidades de triunfo. El pueblo español se ha acostumbrado a tratar a los hombres públicos con un claudicante criterio de "padrazo". Si el niño hace pipí sobre la mesa, ¡qué gracioso es el niño! Si rompe el reloj de papá, ¡qué simpático! Si blasfema ante las visitas, ¡qué despejado, qué sinvergüenza es el niño! Si levanta las faldas de las amigas de mamá, ¡qué pillín, qué penetración, qué listeza, qué ingenio, qué picardía!

Se ha escrito mucho acerca de estas dos hadas trotaconventos, comparsas fúnebres y arrumadoras de emociones le gítimas y acendradas: la simpatía y la listeza, y en ellas han de buscar, morfológicamente, los historiadores la ausencia de un enhiesto y alerta sentido de crítica y dilucidación. Parecen dos fetiches, cuya vanidad se halaga con la idolatría.

Porque no hay nada tan vanidoso como un hombre listo. Tiene un don agudizado, y es el de la rápida comprensión del lugar común. La listeza consiste, sobre todo, en trasegar tópicos para revertirlos caudalosamente. Esta facultad de asimilación del tópico es la determinativa del hombre listo. La que cimienta su simpatía en el pueblo. La que justifica su vanidad de hombre comprendido por el pueblo y comprensivo del pueblo.

Y así resulta que la vanidad obscurece cualesquiera otras condiciones embrionarias, como la inteligencia y la emoción. Un hombre listo no puede ser nunca inteligente ni emocional, porque, engreído con su listeza, rechaza toda incitación a la crítica, so pretexto de superioridad, y, protegido por la retaguardia del tópico, ahuyenta toda emoción sincera, so pretexto de patriotismo. Y los carneros de Panurgo balan y balan, y se zambullen en la mar...

El hombre listo es el hombre que no comprende, pero que domina el gesto del hombre que comprende. Se preocupa mucho más del gesto inteligente que de la inteligencia. Y acaba por creer que todo es cuestión de gestos, y que esos hombres que no piensan como él ni se emocionan como él son fracasados. Fracasados por la ausencia de las dos hadas que a él le favorecen: la simpatía y la listeza. Es lo que se llama pasarse de listo.

De lo cual habría tanto qué decir que mejor es olvidarlo.

MUY PRONTO

aparecerá una nueva obra del fuerte novelista

Angel Marsá

la mejor y más valiente del joven maestro, titulada

El Peso de la Carroña

Novela de amor, de pecado y de muerte.

Prólogo de ANGEL SAMBLANCAT

Un tomo de más de doscientas páginas, TRES pesetas

Del ingenio literario

Anécdotas de Rudyard Kipling

UNA NOTICIA EXACTA

El gran novelista inglés Rudyard Kipling tiene adquirida la costumbre, como la mayor parte de los mortales, de desayunarse con una buena ración de prensa. Una mañana, al abrir el periódico al que estaba suscrito y repasar los más salientes epígrafes, encontróse con la desagradable sorpresa de que el gran rotativo anunciaba su muerte.

Rudyard Kipling, espíritu comprensivo aunque mordaz, tomó la cosa como era necesario tomarla, es decir, muy alegremente, contentándose con dirigir al director del periódico una epístola concebida en los siguientes términos:

"Vuestro órgano en la prensa anuncia mi muerte. Como, generalmente, vuestro periódico suele estar bien informado, la noticia, indudablemente, debe ser exacta. Por eso, ruego a usted dé las órdenes oportunas a la administración para que anule mi suscripción que, en lo sucesivo, no podrá serme de utilidad ninguna."

EL REY DE LOS ANIMALES

En una comida en la que se hallaba presente el ilustre autor de "El libro de la Jungla", se discutía entre los comensales una hipótesis bastante lejana: la desaparición de la especie humana.

—Si por una catástrofe cualquiera, el hombre llegase a desaparecer—preguntáronle al gran poeta de la selva india—¿qué animal cree usted que llegaría a ser el rey de los animales? ¿El elefante?

—¿El elefante?—contestó Rudyard Kipling, en tono sorprendido—. Seguramente no. Es demasiado honesto.

He ahí por qué son cantadas tan sinceramente en "El libro de la Jungla" la nobleza de alma y las virtudes de Baloo.

UNA MIXTIFICACION

Rudyard Kipling fué víctima hace ya algún tiempo de la travesura de un mixtificador, el cual envió al "Times" un poema titulado "La vieja guardia", firmado con el nombre del poeta.

El "Times" lo publicó en sus páginas.

El poeta no se enfadó gran cosa por aquel engaño de que se le hacía víctima. Limitóse a decir:

—Ese poema es detestable.

—Somos completamente de la misma opinión—declaró la redacción del importante periódico inglés—, pero lo insertamos creyendo que era de usted.

Lo cual demuestra que lo que importa es la firma, no la inspiración de los versos.

EL LIBRO SALVADOR

Rudyard Kipling lleva siempre sobre él, en el bolsillo de la chaqueta, sobre el corazón, un ejemplar de su obra maestra, "El libro de la Jungla".

Este volumen, completamente sucio, procede de un soldado inglés, al cual dicho ejemplar le salvó la vida en las trincheras. Lo llevaba en su capote cuando una bala llegó a escacharse en él. En agradecimiento, se lo envió con una carta explicativa al gran novelista inglés.

Más adelante, y en recuerdo de su propio hijo, muerto en la guerra, Rudyard Kipling lleva sobre sí el libro salvador, como un melancólico talismán.

LA CUENTA CORRIENTE... INMOVIL

Kipling tardó algún tiempo a ser popular en Inglaterra, y de que ya lo era, tuvo una curiosa manera de enterarse.

El escritor inglés tenía la costumbre de no llevar jamás dinero encima, y de pagar por medio de cheques cuantas compras hacía.

Después de llevar algún tiempo de obrar así, sorprendióle el que, habiendo agotado su cuadernito de cheques, preguntó en el Banco la situación de su cuenta y se enteró, con la natural sorpresa, de que su saldo no había bajado, seguía sinodo siempre el mismo, el que tuviera antes de empezar el cuadernito. El misterio hubo de intrigarle extraordinariamente. ¿A qué se debía que sus proveedores no acudiesen a hacer efectivos sus cheques?

Hasta que un día descubrió en casa de uno de sus huéspedes, dos cheques firmados por él y puestos en marco y colgados en la biblioteca. Así es como supo que los comerciantes, en lugar de llevar los cheques al Banco, para cobrarlos, los vendían a los aficionados de autógrafos por un precio bastante más elevado que el de su valor.

Por la recogida,

J. GARCIA MERCADAL

EL PRESENTE NUMERO

HA SIDO VISADO POR LA

CENSURA GUBERNATIVA

CRITICA Y COMENTARIOS

COCKTAILS

Según "El Norte de Castilla", de Valladolid, al maestro nacional de Cacabelos (León), que tiene trece hijos! le ha concedido el gobierno matrículas gratuitas: para dos, varones, en la Normal de Maestros de León; para dos hijas en la Normal de Maestras de Lugo; y para otro hijo varón en la Facultad de Medicina de Santiago.

¡Maestro de escuela y trece hijos!
La concesión no ha debido reducirse a eso.
Sobre las matrículas debieran costearle los libros de texto, los viajes y hasta la pensión de las casas de huéspedes donde se alojen los chicos.
Y encima darle algún dinero.
Porque no hay que olvidar que le quedan ocho en casa.
¡Oh, maestro y padre heroico!

"Según datos científicos, el mar Adriático está llamado a desaparecer."
Pues, entonces, ¡adiós Venecia!

"Las mujeres del Perú quieren prestar servicio militar."
Y puede ser que sirvan... de estorbo. ¡Menuda impedimenta!

"Corredor de diamantes, detenido."

Qué noticias más contrarias:
¡Un corredor detenido!
Ser corredor a este mozo
de bien poco le ha servido.

Dice una cronista de modas: "Eso del descanso del verano es una figura retórica."
¿Se trata de tropos o de trapos?

En uno de los teatros de Madrid se ha estrenado una zarzuela que se titula "Para valiente, el amor".
Exacto. Se atreve casi siempre hasta con hacer frente a las suegras. ¡Que ya es valor!

"La sequía en Bilbao."
¡Contrastes de la vida! En otros sitios están con el agua al cuello.

"Se quiere crear un Cartel financiero internacional."
Ya no es tiempo de carteles, se han acabado las ferias en todas partes.

De varios periódicos:
"La Asamblea nacional naranjera."
¿En qué quedó eso?
Seguramente en naranjas de la China.

De un periódico coruñés:
"Las fichas de Juanin y Herrera."
¿Qué tienen esas fichas?
¿Se las han ahorcado?

"En Praga, un individuo se declara a dos hermanas y quiere vivir con ellas."
Será un profesor de partida doble.

"Según una estadística, por cada naranja que come un español come trece un inglés."
Naranjas... de la China.

"Un toro entra en el Ayuntamiento de Madroñera."
Pase que entren las mujeres en los Ayuntamientos; pero los toros... eso no puede pasar.

"El inventor Grimaud tenía ciento setenta y ocho secretarios, nada menos."
Les daría las órdenes con cornetín.

"En Turquía se establece la ley del divorcio."
Vivir siempre con la misma turca, sería una vida imposible. Ahora podrán escoger y tenerlas

De Champán, Sidra, Cerveza,
Jerez, Moscatel o Ron;
Valdepeñas o Rioja,
de Cazalla o de Chinchón.

Pregunta un periódico: "¿Qué necesitan los españoles cuando salen al extranjero?"
Pues, lo primero, un pasaporte.

"Tribunales.—Dos recursos interesantes."
Los recursos siempre han sido cosa de interés.

Dice "El Debate": "Un vuelo de Los Angeles".
Hombre, los ángeles hace mucho tiempo que ahuecaron el ala.

De "El Sol":
"En dos años pierde mil habitantes."
Sería a la ruleta.

De un diario:
"Las fiestas del patrón."
¿Del patrón nada más?
Por lo menos también debían hacer fiestas al figurín.

"Ha fallecido una señora española a la edad de ciento once años."

Se llamaba Pilar y era viuda de García. ¡Más española!
¡Ciento once años, "cap-i-cua", bonita edad!
Española y "cap-i-cua..."
Un amigo me decía
mientras que pensaba yo:
¡Qué suerte tuvo García!

"El Noticiero del Lunes" madrileño dice:
"Manera de caminar sin esfuerzo."
Sentado en un hispano o en un "Buick", que es lo mismo para el caso.

Afirma un articulista que "el baile es conservador de la Humanidad".

No puede ser; el baile siempre produce desgaste. Por lo menos, de los zapatos.

"El ex kronprinz se divierte."
Hace tiempo que debe estar divertido.

En la provincia de Toledo, un joven, con una hoz, causó graves heridas a la novia, a la madre de ésta y a la abuela de la misma.

Ese pollo ha confundido las estaciones. Ya ha pasado la época de la siega.

"El Debate" titula un fondo: "Factor de incultura."
Ya se sabe, el cero; no cabe duda.

La Liga italiana de protección a los animales acordará modificar el Código penal, permitiendo a los presos tener en su compañía animales que les acompañen en la prisión. Aquí llevan eso por adelantado los reclusos.

De "La Voz":
"Banquete de correspondencia."
Comprendido.
Se sirvieron certificados fritos y sopa de valores declarados.

Del mismo:
"Las joyas del ex sultán de Turquía."
Ya sabemos quiénes son esas alhajas.
Sus gachís.

De un anuncio:
"¡Disfrute de una digestión inmejorable!"
Ni una palabra.
Eso les pasa a todos los que les importa un bledo la previa censura.

De "La Voz" de Madrid:
"El mundo es un vasto jardín zoológico."
Ya lo habíamos notado.
¡Es floja la colección de animales que hay en todas partes!

De "El Debate" de Madrid:
"Se admiten señoritas."
¡Que lo dijeran otros!... Pero ¡El Debate!
¿Cómo andan los tiempos!

"Los vinos se gravarán hasta diez pesetas hectolitro."
Y las comarcas vitícolas bailarán de coronilla.
Y en las grandes poblaciones beberemos veneno puro.

De "El Correo de Zamora":
"Zamora en Guinea."
No teníamos noticia de ese traslado.

De "El País" de Lérida:
"La aurora de los hombres libres."
Agradeceríamos a los astrónomos que nos dijese por dónde sale la aurora.

Luis Bello, en su "Visita de escuelas", coloca el siguiente título: "Guadalupe.—Al quedarnos solos."
¡Por Dios, querido don Luis!

Del libro "Valencia", de Dicenta, hablando del pescado:
¡Pescado al aire libre!
La plata acuñada
del mar...

COSAS RARAS

El Papa Paulo III fué un día a visitar a Miguel Angel, que estaba concluyendo el sublime cuadro del Juicio final para la Capilla Sixtina. El séquito del pontífice era numeroso y muchos de los individuos que lo componían no tenían las condiciones necesarias para apreciar la producción de tan gran ingenio. En este caso se hallaba Braz de Cesana, maestro de ceremonias del Papa. Preguntó Paulo III qué tal le parecía la pintura y como un maestro de ceremonias no es de derecho hombre de gusto y juez competente en materias de arte, contestó Cesana, sin vacilar, que el cuadro era más propio para una taberna que para una iglesia.

Los artistas gustan poco de la crítica, mayormente siendo injusta, y no siempre prescinden de la venganza. La de Miguel Angel fué pronta, pues desde luego dió un lugar en el cuadro, entre los condenados, al maestro de ceremonias. Una serpiente le enlaza y devora y la cabeza del nuevo Midas está afeitada, con un par de orejas de burro, sin duda en memoria de la sentencia que pronunció.

El retrato de Braz de Cesana era muy conocido y pronto se hizo pública la malicia del pintor. En vano pidió aquel a Miguel Angel que le sacara del lugar de los tormentos, donde le había arrojado sin respetar su reputación. El artista fué inexorable y el maestro de ceremonias acudió al Papa para obtener justicia.

Paulo III supo salir del apuro con sagacidad.

"Tengo—le dijo a Braz—todo el poder en la tierra y en el cielo. Si os hubiera puesto en el purgatorio, tal vez pudiera daros algún remedio. Pero como estáis en el infierno no hay remisión".

Es posible que, según el punto de vista femenino, el hombre sea un monstruo; pero no puede negarse que todavía somos los hombres necesarios en este valle de lágrimas. La mujer será libre andando el tiempo; pero hoy no puede valerse sin la ayuda del sexo masculino.

Así lo ha demostrado, por lo menos, un experimento efectuado en las cercanías de Lingfield (Inglaterra).

Hace algún tiempo, un grupo de mujeres decidió establecerse en una extensa granja, a la cual se dió el nombre de "Were Mill Colony". Se trataba de explotar todas las riquezas del terreno sin acudir para nada a la ayuda del hombre. Aun cuando la mayoría de las mujeres que entraban en esta combinación feminista eran casadas, quedaba rigidamente prohibido que hombre alguno entrase en los terrenos de la granja, ni siquiera para una visita.

Las mujeres se establecieron en la colonia, dividiendo el trabajo. Unas se dedicaban a la tierra; otras a los productos de la lechería, mientras un grupo cuidaba los animales, algunas se dedicaban a las hortalizas y otras cocinaban y hacían pan.

Aquello marchó bien unos cuantos días; pero bien pronto se pudo comprobar que muchos de los trabajos imprescindibles en la granja no podían ser ejecutados más que por las fuertes manos del hombre, menos gráciles y elegantes, pero más prácticas.

Una vez hecho este descubrimiento, aquel Paraíso sin Adán hubo de cambiar los reglamentos por los cuales se regía y ahora en "Were Mill Colony" trabajan juntos hombres y mujeres y la granja ha progresado últimamente de modo notable.

Es decir, señoras, que aún no somos los hombres tan inútiles, gracias a Dios.

Hombre, acuñada, no; si acaso, en barras, y pasará la comparación, aunque la plata como mejor pasa es acuñada.

"Un dentista ruso injerta los dientes postizos por un procedimiento que se adhieren a la mandíbula como los naturales."

Vamos, sí; que echan raíces.

"Al Sur de Nueva Zelandia, en las Islas Hermanas, llueve casi constantemente."

Un buen sitio para entrenarse.

"Los sordos franceses piden un sitio especial en los teatros."

No serán las primeras filas de butacas, porque esas están abonadas por los de buena vista.

"Aparece en su domicilio el cadáver de un hombre."

El domicilio de un cadáver es el cementerio, no cabe duda.

"Pekin.—Los misioneros tienen que salir de Siang Fu."

Aunque no se dice cómo en el resto del relato, seguramente saldrán haciendo "Fu" como el gato.

EL TABLADO DE ARLEQUIN

"LA DONA VERGE"

El drama que representa en el teatro Apolo la compañía Vila-Davi, original del culto y atildado escritor M. Fontdevila, ha obtenido un éxito pocas veces alcanzado en obras de esta naturaleza.

La prensa, la crítica y el público se han unido esta vez para proclamar el triunfo rotundo del mencionado escritor.

Discrepar de esta unanimidad parecerá un poco atrevido, un tanto irreverente y, más que nada, afán de singularizarse, sobre todo cuando quien discrepa no es, como yo no lo soy, un consagrado en el espinoso y difícil cultivo de la crítica.

No obstante carecer de estas cualidades, vamos a exponer unas apreciaciones que nos ha sugerido la representación de "La dona verge".

El argumento es sobrado conocido del público barcelonés; y a los concurrentes habituales al Teatro Español, la aparición de "La dona verge" en el Apolo les habrá producido el mismo efecto que a los vecinos de una casa produce el saber que la señora del principal se ha mudado al edificio de enfrente.

En pocas palabras puede resumirse.

En una familia, en la que el padre es jugador profesional, la madrastra un ser sin voluntad, que acepta y ratifica siempre las ideas de su marido, un hijo gandul de nacimiento y una hija entretenida, pero ausente de casa, hay otra hija, la más pequeña, Isabel, que resiste a los propósitos que su padre y su madrastra tienen sobre ella: entregaría al señor Parramón, acalorado comerciante, apasionadamente enamorado de la joven.

Convertida más tarde en la amante del señor Parramón, al que se entrega Isabel por salvar a su padre, preso a raíz de haber cometido un robo acuciado por la miseria y por la negativa de su hija a convertirse en la concubina de dicho señor Parramón se arruina, y entonces Isabel, contra el parecer de sus deudos, se niega a abandonar a su amante, hasta que el hermano de la chica de acuerdo con un primo de ésta, que dice quererla, preparan una entrevista con ella, y cuando el primo intenta abrazarla por la fuerza, llega el señor Parramón cae al suelo muerto de un ataque cardíaco al creerse engañado por la mujer a quien ama tiernamente.

La moraleja del argumento estriba en demostrar que Isabel es pura del alma y de intención, a pesar de haberse prostituido, ya que fueron sus padres, sus hermanos y la miseria quienes la arrastraron a convertirse en la amante del hombre a quien no amaba, a quien más pronto aborrecía.

(Final de la pág. central.)

Packey Mc. Farland ejerce actualmente de periodista, aunque no de una manera activa y continuada.

Antes había sido boxeador de algún renombre, y en 1925, después de varios éxitos en el "ring", logró casarse con la hija de un millonario de Chicago, única heredera de la enorme fortuna de su padre. Mac-Farland contaba entonces veinticinco años. Cuando aún estaba en su mayor apogeo pugilístico, se retiró del boxeo para dedicarse a estudios superiores bajo la influencia y la tutela del suegro.

Mac-Farland tenía, pues, cuando escribió el artículo que tanto lastimó la sensibilidad de Valentino, veintiséis años. Como sólo hacía un año que había dejado el "ring", era de suponer que fuese aún poseedor de habilidad y vigor suficientes para contender con su rival, con Rodolfo Valentino, que acababa de cumplir treinta y un años.

Y apuntados estos antecedentes, me abstengo de añadir el más ligero comentario.

El proceso de una gran depresión moral

Sabido es que los artistas tienen mayor sensibilidad que las demás personas. Por eso en el artista adquieren una extraordinaria magnitud las pequeñas contingencias que surgen a diario en la vida. ¿Qué ocurrirá, pues, en las cuestiones de mayor monta?

Y si se tiene en cuenta que cuando el artista depende constantemente del público ha de esconder en su interior los disgustos y la amargura que sufre, se comprenderá la intensa repercusión que estos trastornos tienen en su espíritu y en su moral.

Estos efectos han de alcanzar fatalmente a su naturaleza física, a su organismo, a su salud.

Rodolfo Valentino se sintió afectado rudamente por el insulto del anónimo detractor. Si a esto se añade la decepción sufrida después, al encontrarse sin contricante posible, con imposibilidad material de exigir cuentas a nadie de la insidia de que había sido víctima, se comprenderá al grado de violencia a que llegó su fina sensibilidad.

En segunda cuantía conviniere con el notario los efectos de su desastre moral. Cambió radicalmente el modo de ser. Se le notaba preocupado y ensombrecido.

Digamos que, técnicamente, lo que en el "argot teatral" se llama "mover los muñecos", revelan un conocimiento profundo de lo que es el teatro y dan la sensación de que Fontdevila sabe manejar con soltura y desembarazo los personajes que presenta en escena. Pero, ¿se revelan estos mismos conocimientos al tratarse de lo que dicen, hacen y del ambiente en que se mueven? Tenemos nuestras dudas y vamos a exponerlas sinceramente.

Apuntemos en favor del autor la calificación que ha dado a su obra. La califica de realista, y, en efecto, lo es; pero de un realismo sano, emotivo y subyugante. Nada de conceptos equivocados, de palabras con doble sentido, de situaciones escabrosas.

Digamos también que en "La dona verge" hay conceptos y frases atrevidísimos. El matrimonio legal, esa institución proclamada intangible por las leyes y la religión en mutuo acuerdo, recibe achuchones que la dejan malparada. Claro que, quintaesenciando las cosas, llegaríamos a la conclusión de que el matrimonio no es efecto, sino causa, por lo que los alfilerazos del amigo Fontdevila no tienen la eficacia que tendrían si en vez de a lo accesorio fuesen dirigidos a lo fundamental.

Pero dejando aparte estas consideraciones que nos llevarían demasiado lejos, y concretándonos al objeto de estas líneas, diremos que en "La dona verge" pasan cosas inverosímiles; que la mayoría de personajes viven un ambiente artificioso y se producen según la forma preconcebida a la finalidad que se propuso el autor de la obra. "La dona verge" no es el episodio de la vida que el escritor recoge y vuelca sobre la escena; es, más bien, la fusión de unos cuantos personajes que hablan, obran y accionan como al autor que los engendrará conviene. La psicología de los personajes de "La dona verge" es psicología de escenario, convencional, no de la calle, del ambiente.

Y vamos a intentar demostrarlo.

Al levantarse el telón aparecen en escena Alfredo, hermano de Isabel, y el primo de ésta. A poco el padre y la madrastra, lamentándose de su triste situación y de que la honradez de Isabel sea causa de la miseria de todos los de la casa.

La entrada de Isabel en escena y las recriminaciones que su familia le hace por negarse a ser la amante del señor Parramón van dibujando el papel que cada personaje desempeñará en la obra.

La llegada del señor Parramón después de la escena anterior, y un poco más tarde la de la hermana de Isabel, acaban de fijarnos acerca de los personajes centrales del drama.

El, siempre tan alegre, se había vuelto triste, silencioso. Una gran amargura se desprendía de todo su ser.

Estaba convencido de que su reputación, su dignidad, habían sido manchadas, humilladas, envilecidas. El ultraje le escocía en el alma. Su solo deseo, manifestado ardentemente en todo momento, era limpiar aquella mancha que había caído sobre la pureza inmaculada de su honra.

Es un hecho reconocido, lo mismo por la medicina que por la psicología, que nada debilita tanto el organismo humano como una honda preocupación mantenida reiteradamente. Viene la debilidad mental, y con ella el germen de todas las enfermedades o la pavorosa agravación de las que puedan existir.

Así, pues, la catástrofe fisiológica de Valentino fue sólo obra de días.

Las causas de la muerte de Valentino

Todo el mundo sabe que las dolencias que según la medicina legal ocasionaron la muerte de Rodolfo Valentino fueron la apendicitis y una úlcera gástrica.

Ahora bien. Las dos son enfermedades enormemente dolorosas. Los enfermos atacados de las mismas sufren terribles torturas. Sin embargo, nunca oyó nadie que Valentino se quejara de dolor de que hiciesen sospechar la existencia de aquellas dolencias.

No son enfermedades que se presenten en dos días", se dirá. Muy bien. Pero ¿es que no pueden haber sido aceleradas e intensificadas por una depresión moral que minase la resistencia orgánica, convirtiendo el cuerpo sano en campo abonado para que en él fructifiquen todos los males? Cabe afirmar rotundamente que sí, y de esta opinión son muchos médicos eminentes.

No hay duda alguna respecto al hecho de que las enfermedades que contrajo Valentino y que la llevaron a la tumba en plena juventud, adquirieron una siniestra preponderancia, una mortal virulencia bajo el influjo de la enorme catástrofe moral que sufrió en los últimos meses de su vida.

La influencia de un gran desengaño y el vivo dolor de saberse ofendido sin réplica posible, anulaban todas sus facultades vitales y tuvieron un influjo funesto sobre su organismo, reduciendo a la más mínima expresión el natural poder o resistencia biológica del cuerpo humano.

Desde luego, la crítica acerbó de que se le hizo víctima

Sin embargo, nada puede decirse aún en concreto del rumbo que van a seguir, ni hallamos en su proceder contradicción alguna. Estas comienzan después, a punto de terminar el primer acto.

Así, no nos explicamos ni lo del robo cometido por el padre de Isabel en casa de la vecina, ni tampoco el por qué ésta entra hasta la cocina de la casa del padre de Isabel.

Lo que parece es que, súbitamente, como inspirado por una idea sobrenatural, al ver llegar a la vecina, que ésta no entra en su casa, que tiene dinero y que ha dejado la puerta del piso abierta y él está en la miseria: le impulsan a cometer el robo.

¿Es admisible esta hipótesis? No. De ninguna manera. Un hombre de la edad del padre de Isabel, si no ha sido ladrón antes, no roba al encontrarse en la miseria. Pide o se muere de hambre; pero no roba.

El ladrón lo es por taras fisiológicas, por deficiencias mentales o porque, educado en un ambiente que lo familiariza con el robo, termina por aceptarlo como una fatalidad. Pero todo esto necesita un proceso evolutivo, de preparación, de ambiente. No se llega a ladrón por generación espontánea, ni mucho menos de repente. Y cuando se llega a los cincuenta años de edad, como el padre de Isabel, sin haber robado nunca, no se roba ya por apuro que se vea.

¿El ambiente que el padre de Isabel ha vivido? Este no puede invocarse. La psicología del ladrón es propia, suya, exclusivamente suya, como lo es la de la prostituta, la del jugador y la de cuantos individuos viven en el hampa y en el vicio. El chulo, lo que en Barcelona se llama macarrón, y que hace gala ostentosa de profesión infame, no robará. Como tampoco robará el jugador profesional, el "croupier". En la compleja psicología humana, el respeto a la propiedad está profundamente arraigado, y por eso, quienes no se creen deshonrados cometiendo acciones tan o más viles que el robo mismo, se lo crearán aun robando por necesidad.

Y por lo que se relaciona con el padre de Isabel, citaremos un ejemplo. Cuando se jugaba en Barcelona y en España, había muchos "croupiers". Suspendido el juego, todos han quedado sin colocación. ¿Cuántos se han metido a ladrones? Estamos seguros que el tanto por ciento es reducidísimo. Por eso encontramos inverosímil que el padre de Isabel se sienta inclinado repentinamente al robo, y que robe.

Además, el padre de Isabel es hombre que ha vivido en el vicio, y que por haber vivido en él, tiene un concepto claro de lo que el robo es. Lo prueba él mismo; pues al verse des-

fué un golpe mortal asestado sobre su vigorosa compleción de hombre sano.

Las causas de la muerte de Rodolfo Valentino no pueden encerrarse sólo en una certificación médica. Hay que ahondar más, buscar los antecedentes psicológicos de la cuestión.

Las causas de la muerte de Valentino han de ser determinadas por un estudio experimental de los hechos y de las circunstancias que la precedieron, y que son, exactamente, las que acabo de relatar.

La última frase de Va'entino

Confirmación irrefutable de todo lo dicho anteriormente, es la última frase articulada y coherente salida de los labios de Rodolfo, ya moribundo.

Estas palabras tienen mayor valor por el momento en que fueron dichas. Cuando un hombre sabe que ha de morir, no piensa en la popularidad, en el reclamo, en la ostentación.

Sólo piensa en que ha llegado el momento de ser sincero, de abrir todos los poros a la verdad. Es el minuto de las confidencias absolutas, totales, cuando se expresa de una manera espontánea lo que con más ahínco se ha aferrado al cerebro.

No es esta la hora de la "posse", y mucho menos en una agonía tan espantosamente dolorosa como la que sufrió "Ruddy", pues los médicos declararon que había muerto a los pocos instantes de salir de un ataque de convulsiones, una vez repuesto de los efectos de la anestesia que se le aplicó para llevar a cabo la delicada operación quirúrgica con que la ciencia intentó salvarle.

El dolor que producen las convulsiones deja tan extenuado al que las sufre, que no es de suponer haya nadie capaz de adoptar en aquel trance una actitud estudiada o de hacer una frase con miras a la publicidad.

Pues en este momento culminante, ya moribundo, dándose perfecta cuenta de su situación, Rodolfo murmuró al oído del médico de cabecera:

—Diga, doctor: ¿puede decirse ahora que soy afeminado?

¿Cómo podía suponerse eso de él, después de haber pasado por la horrible tortura de los más espantosos dolores morales y materiales, unidos a la seguridad absoluta que tenía de morir?

EL TABLADO DE ARLEQUIN

cuerto deja caer la caja con el dinero, aterrado de su propia acción.

El efecto teatral de este final de acto es maravilloso; pero la causa que lo produce, es, por lo que hemos dicho, inconsistente. A los efectos del aplauso ha sido sacrificada la realidad de las cosas.

Indefinido también, mejor dicho, fabricado a medida es el personaje del señor Parramón. En todo el curso de la obra demuestra sentir un amor profundo por Isabel. Una pasión desinteresada y generosa. Y, no obstante, no es así. Más que amarla, la desea; lo que no es lo mismo. No hablan en él los sentimientos, habla el instinto, la carne, el deseo. La posesión de aquella mujer es su único afán.

El señor Parramón no es un joven impulsivo a quien sus pocos años pueden llevarle a cometer tonterías. Hombre maduro y hecho, con un hogar constituido, ha de saber que la posesión de aquella joven es truncar el curso normal de una vida. No ignora tampoco la posición de sus padres, ni lo que éstos hacen para que Isabel sea suya. Un hombre que ama, ¿puede consentir este chalaneo?

Pero ni aun después de hacerla su querida, llega a demostrarnos que la quiera. El señor Parramón de "La dona verge" es un "querido" como lo son todos. Salvando alguna excepción. Basta que alguien le suelte al oído que Isabel le engaña para que él se lo crea. Y no sólo lo cree, sino que intenta averiguarlo. Y si no lo averigua es porque los acontecimientos se producen como en las películas del cine: antes de que puedan enterarse los mismos personajes que han de ser primeras figuras en ellos.

Otra cosa que no acertamos a explicarnos es la actitud del señor Parramón una vez arruinado. ¿Qué hace en aquella casa? Si la enfermedad que lo ha de matar no estuviese convenientemente preparada, ¿ha pensado el autor el "airoso" papel que le estaba reservado al señor Parramón? Pero como la enfermedad ha de matarlo a tiempo, pues no ocurre nada. Hay que suponer, sin embargo, que en la inmensa mayoría de los casos que un señor rico y que tiene querida se arruina no hay una enfermedad que lo mate, y, entonces, ¿qué ocurriría, si se empeñaran en quedarse en casa de la querida? Lo repetimos: gracias a la enfermedad que lo mata, sí no...

El primo de Isabel también nos desconcierta. ¿La quiere o no la quiere? No confundamos el amor verdad con el deseo de posesión de una mujer. Son elementos que se complementan; pero cada uno puede producirse por sí solo.

En el caso del primo de Isabel de la obra de Fontdevila, no sabemos si la ama o la desea. Parece amarla por el interés con que sigue el curso de la vida de Isabel. Y, sin embargo, un hombre que ame a una mujer, ¿cometerá la canalada que el primo comete con Isabel en el último acto? De ninguna manera.

Lo lógico es suponer que Isabel, buena, abnegada, noble, generosa y desinteresada, y que no abandona a Ernesto arruinado y sin salud, no podrá amar nunca al hombre que la deshonra, aunque sea sólo moralmente, ante aquel a quien ella acaba de hacer el sacrificio de su voluntad y de su cariño.

No es por el camino de la antipatía ni del odio como el primo debe llegar al corazón de Isabel, y, no obstante, éste es el camino que escoge. ¿Por qué? Muy sencillo. Porque así surge el conflicto que matará a Ernesto, sin lo cual, el drama no tendría aquel final de invocación a una justicia que es hipotética en éste como en muchos otros casos. Por eso el primo abraza a Isabel: Ernesto llega y... ya está. El ataque cardíaco que mata.

Así, el sacrificio, la devoción y el cariño que Isabel pone en Ernesto cuando enfermo y arruinado todos se conciertan para echarle de casa, no vale de nada. Ernesto morirá en la creencia de que Isabel le engaña. Esto es desolante. Nihilismo puro. ¿Para qué ser noble y generosa, entonces? La intensidad de pasión amorosa que Isabel pone en sus palabras cuando dice a Ernesto que le ama, que no le abandonará nunca; las luchas y violencias que sostiene contra su familia, defendiéndole cuando quieren echarle a la calle, ¿no llegan a ablandar el corazón de Ernesto? Al parecer, no. Debe tenerlo de mármol o de piedra berroqueña. De otra manera es inconcebible.

Entendemos poco de estas cosas. Pero nos parece que hay momentos en la vida en los cuales la emoción de dos corazones se confunden y forman un solo pensamiento y una que a los efectos del aplauso ha sido sacrificada la realidad

ser más corta o más larga. Esto es incuestionable. Lo que no lo es, es su existencia. Pero después de ver "La dona verge" y como Ernesto procede respecto a Isabel, hay que negarlos en rotundo.

¿Puede ser esto? No. Lo que ocurre es que la mayoría de personajes han sido concebidos sobre un pie forzado y falseados en su desarrollo para destacar el de Isabel, y esto es lo censurable, a mi parecer, en "La dona verge".

Para nosotros, el personaje más real de "La dona verge" es la madrastra. No restaremos méritos a la hermana ni al hermano de Isabel, aunque no nos parecen tan bien dibujados como el de la madrastra.

El padre no nos acaba de satisfacer. Está muy exagerado. Por duro, cruel y bárbaro que sea un padre, no llegamos a concebirlo tal como el de Isabel se nos presenta.

Los habrá que cometerán peores acciones que las que él comete; pero es seguro que si no sienten cariño por sus hijos, lo fingirán alguna vez, hasta por conseguir más fácilmente lo que se proponen. El de Isabel no finge nunca. Es excesivamente brutal.

Como nos hemos extendido considerablemente en aquellos extremos que nos han parecido lo requerían, no entraremos en cuestiones de detalle, ya que no tendrían eficacia alguna. Nuestra conclusión respecto a la obra de Fontdevila, es que a los efectos del aplauso ha sido sacrificado la realidad de las cosas.

En conjunto, la obra es digna de verse y merece la consideración a que se hace acreedor todo esfuerzo encaminado a deleitar y enseñar a un mismo tiempo. Lo que reputamos deleznable, es que sin decirnos el porqué ni el cómo, se nos afirma que "La dona verge" es una obra definitiva, concluyente; algo casi insuperable. O se engaña quien lo ha dicho, o quiere engañarnos a los demás. Y a esto, señores, no hay derecho.

Además, se corre otro peligro. Que engreído el autor con tantas alabanzas y ditirambos, se crea ya en el pináculo, en la gloria, en la cúspide, y que con obras tan endebles, psicológicamente, se puede sentar plaza de insuperable dramaturgo. Y esto es malograr a un posible autor de gran valía, al par que se embrutece y engaña al público.

NOTA DE LA REDACCION

Angel Pestaña tenía interés en que se publicaran unos juicios suyos acerca de la obra de Fontdevila. Como no se trata de un bombo incondicional, tenía miedo de que los compañeros de Fontdevila no quisieran acoger su crítica.

¿Por qué? El éxito de las obras está muchas veces en la discusión. Y cuando se discute por las buenas, razonando, con respeto a lo que respecto merece, no se debe cerrar las puertas a la discusión. Nosotros no estamos conformes con la opinión de Pestaña. ¿Para qué nos vamos a engañar?

Pero nos parece que no hay derecho a que un escritor se quede sin poder exponer sus ideas.

No seríamos liberales. Porque lo somos, publicamos esta crítica.

De todos y para todos

Manolo Fernández se ha embarcado para Buenos Aires.

Esperamos que a su regreso estrenará alguna revistilla, que podría titularse: "¿Cómo aumenta de extensión Barcelona?"

Ciertos viajes tienen esas consecuencias...

En una película se anuncian las "cascadas del Victoria".

¿Tiene algo que ver eso con "Las mujeres de Lacuesta"?

En el Tivoli dicen que "Las pecadoras" es obra "no apta para señoritas".

Ganas de que vayan las señoritas.

Dice un cronista de Vitoria:

"Jamás ha existido en Vitoria tanto dinero para el espectáculo teatral."

Y añade pocas líneas después:

"Ambas empresas han perdido dinero."

Pues ¡qué será cuando no haya "tanto dinero"!

La compañía de Luis Calvo ha gustado mucho en Calahorra.

Lo celebramos con toda el alma.

A Manolo Fontdevila le han dado un banquete en Madrid.

Nosotros, en señal de adhesión, hemos tomado bicarbonato.

Lluellas y Portusach han estrenado una humorada que se titula "Sóc un brètol".

Ya puestos, podían decir de quién es biografía su humorada.

Porque parece que se ha ofendido mucha gente.

Linares Rivas no ha vuelto satisfecho de América. Como que por allá lo han conocido...

No se ha visto monumento de cursilería tan grande como "Riquiña", la comedia que hacen en el Poliorama.

Lo mismo podría llamarse "Riquiña" que "Pestifio".

En el Barcelona hacen una comedia que se titula "Un hombre y una mujer".

Se ve que Vilaregut no está muy fuerte en cosas de galantería.

Manolo Fontdevila sigue llenando todas las noches el Apolo con "La dona verge".

Fontdevila es un "hacha".

El maestro Udaeta ha escrito una bonita partitura para "La quinta de la amargura".

Lo amargo es que el libro no hay por dónde cogerlo.

Sassone ha debutado como conferenciante.

Muy bien. Pero sin abusar, porque se pone pesado.

Jaime Borrás está haciendo el Tenorio en el Nuevo.

"¡Amagueu les criatures!"

Dice un ingenio que "El proyectil humano" es una atracción "cañón".

La francesita es como para salir disparado.

"Fuensanta, la del Cortijo", el drama de Alvear, es rústico. Y al público del Goya no le gusta.

Como es tan fino...

Tórtola Valencia se nos ha vuelto materialista.

No hay como tener dinero.

A Jiménez Biat le ha salido un juanete—tenorio—en el cartel del Foiles.

Suponemos que no le hará daño.

En Madrid ha vuelto a triunfar el "astrakan" con "La fa-estorbo", estrenada en la Comedia.

¿Qué le vamos a hacer!

Asegura un periódico de Madrid que Paco Gallego está contratado en Apolo de Madrid.

Para lo que hace en Eldorado, ya se puede ir.

Allá puede que guste.

Se asegura que Jaime Mirer piensa poner un Instituto de Belleza.

Y dice Oliveros que es ganas de perder el dinero.

¡Envidioso!

Matías Ferret ha interpretado el papel del primer actor cómico de "Las mujeres de Lacuesta", en Zaragoza.

No negarán ustedes que tiene gracia.

El caso, no Ferret.

Uno de los directores de "La Vanguardia" se ha vuelto loco elogiando a Emma Gramática. Otro de los directores de "La Vanguardia" se ha vuelto loco "reventándola".

Nos gustaría conocer la opinión de los restantes directores de dicho periódico.

Para que se viera que cuando hay armonía, da gusto.

"Joy-Joy" gusta más después de las 100 primeras representaciones que antes.

Le pasa lo que a los buenos vinos.

Els menús més deliciosos són els del restaurant

Grill-Room

Escudillers, 8 :-: Café - Bar - Restaurant

Antonio López, Impresor :: Olmo, 8, Barcelona

Continúa con éxito creciente la venta del último libro de Angel Samblancat

La casa pálida

La última producción del vigoroso escritor no debe dejar de leerla ningún espíritu liberal.

Precio: TRES pesetas

EL ESCANDALO

UNAB
Universitat de Barcelona
REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Calle del Olmo, 8
BARCELONA

NUESTRO PAISAJISTA

En todo paisajista hay siempre un hombre de campo, y en su vestir, en sus ademanes y en la manera de pisar la tierra, algo que pertenece a la agricultura. Hay muchos modos de explotar la naturaleza. Los hombres prácticos, tan necesarios para la vida, se conforman con sembrar y recoger. Los paisajistas, en cambio, no hacen sino contemplar y reproducir. Para esto hay que recorrer a pie muchos caminos; que reposar en las ventas de muchos pueblos; que sufrir los rigores del clima y las incomodidades de los sitios desamparados... y todo para poner sobre una tela unos jirones de color. Para inmovilizar una tarde o una mañana, sobre el lienzo, y ofrecer a los hombres de la ciudad, que no pueden librarse de la esclavitud del asfalto, una interpretación de la naturaleza, donde todo es libre y abierto. Nuestro paisajista es Aurelio García Lesmes. Ninguno como él ha sabido rebuscar caminos y repechos, pueblos de tierra y castillos, llanuras y horizontes lejanos... García Lesmes es el pintor de la Castilla más Castilla; de la Castilla de los páramos, de los pinares y de los ríos hondos.

Esta especialización le ha llevado a un sentido del paisaje muy personal, de tal modo, que podemos afirmar que sus paisajes son inconfundibles y que en todos ellos hay un esfuerzo de creación sin antecedentes literarios ni pictóricos. Ello ha hecho que la lucha por imponer su pintura haya sido empeñada; pero al fin ha triunfado, como triunfa siempre la voluntad fuerte dirigida por el talento. Una de las características de García Lesmes ha sido la de no desdénar los éxitos oficiales, y esto sin menoscabo de su personalidad y sin hacer una sola concesión a los jurados ni al público. De este modo, antes de obtener la primera medalla tenía en torno de sí un grupo de selectos, que defendían una pintura que había ganado terreno paso a paso y sin una sola claudicación.

Ya están un poco lejanos aquellos días de juventud, en que García Lesmes y yo recorrimos las calles de la ciudad para sorprender rincones, ábsides, torres, ventanas y tejados... Fue Aurelio el primer pintor que yo traté íntimamente, y con él aprendí a ver cosas que rara vez vemos los escritores, y a observar las líneas humildes, los colores perdidos y las luces y las sombras que apenas se ven. Desde aquellos tiempos, tuve siempre fe en el porvenir de García Lesmes. Después, cada año, tras la separación del invierno, el pintor me sorprendía con una nueva modalidad, con una inquietud distinta. Poco a poco se iba apartando de la pintura de costumbres y el retrato, para conquistar el paisaje puro. Y ya le tenemos solamente paisajista.

Cuando alguna vez en sus paisajes aparece una figura humana, nos la ofrece como un término de relación. Maravillosas figuritas, espigadoras, niños por los caminos solitarios, carros y yuntas... fugitivas visiones de la llanura, perdidas entre el polvo o los rastrojos y siempre andando hacia el pueblecito de adobes o hacia el castillo abrumado de sol. Digamos que el primer paisajista que ha ofrecido una versión directa y admirable de la tierra de Campos es García Lesmes.

Pocas veces como en esta ocasión el éxito oficial se hace compatible con el juicio de los selectos. Pocas veces, también, la voluntad, la tenacidad y el trabajo, han estado al servicio, como en García Lesmes, de una vocación, de un temperamento y de una aptitud.

FRANCISCO DE COSSIO

Una historia de amor

El Rajá de Kapurtala, en Biarritz

Las mujeres galantes de Biarritz miraban estos días con profunda simpatía a uno de los veraneantes de la bella ciudad, que se hospedaba en una suntuosa villa y que tenía montado un tren de fantástico lujo. Era un hombre familiar ya en la temporada invernal de Biarritz. Hace varios años venía frecuentemente, rebosando alegría y derrochando con el dinero su buen humor.

Era un hombre galante y mundano, que hacía principescos regalos y que a su riqueza unía un esmerado mundanismo.

Este año el rajá de Kapurtala, que es el hombre a quien nos referimos, ha paseado triste por la alegría bulliciosa de Biarritz. Una ostensible melancolía hizo presa en el príncipe de riquezas fabulosas, para quien siempre las mujeres tuvieron una bella sonrisa de admiración. La historia del rajá es bien sencilla. Vió un día bailar a aquella maravillosa trenzadora de encajes musicales que se llama Anita Delgado, y

puso la corona del principado a los bellos pies de la bellísima danzarina. Una boda por amor en que la malagueña dió toda su alma a quien con el alma le entregaba un trono. Y todas las mujeres se sintieron conmovidas por el rasgo del príncipe que supo coronar el sueño de hadas de una mujer al verse engrandecida por méritos de su belleza.

De vez en cuando se hablaba de Anita Delgado, y la fortuna de esta mujer que paseaba en elefantes; que tenía joyeros llenos de piedras de luz entre las que escondía sus dedos; a quien servían diez esclavas y para la cual fueron reunidas todas las comodidades de la tierra, esa fortuna, decimos, era el espejuelo que alimentaba los sueños de otras mujeres bellas que esperaban el príncipe indio o el rajá lejano que viniera a ofrecerles todo aquello a cambio de un latido de su corazón.

Anita Delgado vino varias veces a Europa. En aquellos remotos países la imagen de estos pueblos de Europa, el recuerdo de su Málaga tan riente y tan bella, no la dejó de acompañar jamás. En los grandes medios aristocráticos de París, donde nadie pregunta a nadie de dónde viene ni a dónde va, Anita Delgado tuvo un triunfo de simpatías.

A Biarritz también llegó. El cuento de hadas se hizo realidad en cuantos vieron a la hermosa ex bailarina.

Pero en este año, Anita Delgado no acompañó al rajá en su excursión a la playa biarrita. Debíó quedar en los lejanos países donde se hallan los dominios del príncipe, su esposo. En aquellos jardines frondosos que albergan todas las flores. Por aquellos bosques de cedros, en cuyas calles, aliñadas, pasean los elefantes con altos sillones de marfil. Bajo aquel cielo azul y estrellado en que los luceros son como diamantes enamorados de las piedras de color que forman las gotas de las aguas del mar.

Las gentes comentan la ausencia de la princesa. A esa ausencia culpaban la melancólica tristeza del príncipe indio. Pero el príncipe podía volver a buscar a la bailarina; y la bailarina podía ser llamada por el príncipe si sus sonrisas templaban sus tristezas y si sus ojos acariciaban la vida entristecida por la ausencia.

Y como la gente no puede estar sin murmurar, en los corrillos mundanos de la playa biarrita ha comenzado a circular una historia de amor truncado. Son mujeres quienes pusieron en circulación el cuento. Y, como es natural, las mujeres no tuvieron piedad de la mujer. Culpaban a la princesa de desvío. Habían de que un primer hijo del rajá tuvo iguales preferencias que su padre. Dicen que el heredero del rajá soñó también con los ojos de gloria de la bailarina malagueña. Que el principito, un hombre ya, se enamoró de la gentilísima malagueña. Y puestos ya en el plan de murmurar, decían piadosamente, que no es extraño que Anita Delgado encontrara más bello al padre que al hijo... y que el padre abandonó su principado para huir del veneno de los celos o de la tragedia de un desengaño brutal.

El cronista no concede crédito, ni niega verdad a la versión. Su obligación es solo recoger el último rumor del mentidero cosmopolita de Biarritz...

ALFREDO C. ANTIGÜEDAD

El recuerdo bohemio de la edad de oro

Un día tres amigos se paseaban por París.
—Tomaría con mucho gusto un buen almuerzo—dijo uno.
—Yo me contentaría con almorzar aunque no fuera espléndidamente—agregó otro.

El tercero concluyó:
—Y yo con algo, aunque fuera muy sencillo, y le daría el nombre de almuerzo.

Desgraciadamente los dineros comunes eran muy escasos. De repente, uno de ellos exclamó:

—Tengo una buena idea! Seguidme. Y los llevó a ambos donde un editor de música a quien se dirigió en estos términos:

—Señor: venimos a proponerle a usted un negocio: que nos compre una romanza, de la cual yo he escrito la palabra y el señor la música que yo voy a cantarle, siendo el único de nosotros que tiene un poco de voz.

—Cantadla y después veremos—respondió el editor.

El joven tanto y el editor debíó quedar satisfecho, porque pagó la romanza en quince francos. Los tres amigos corrieron al restaurant a pedir el almuerzo soñado.

El autor de la palabra se llamaba Alfredo de Musset, el músico Mongrain y el cantor Dupré. En cuanto a la romanza tenía por título "La Andaluza", y comenzaba así:

—Comme les valseurs, dan, l'air de, une andalouse au teint bruni? Pagada en quince francos, produjo... cuarenta mil. Era la Edad de Oro para los editores.

EL PELICULERO

Hasta que ha muerto Rodolfo Valentino no nos habíamos dado cuenta de la importancia que tiene el pelliculero.

Un millón de dólares de fortuna; casamiento con la hija del rey de los perfumes; queridas a granel; manifestaciones de mujeres histerizadas que la policía tiene que disolver a sablazos; las prensas del globo entero que gimen; un gobierno y una nación que no consienten que se les dispute el honor de haber dado al mundo, a la humanidad espantada tan ilustre hijo... Y encima, "vedettes" cinematográficas, "stars" de la fotogenia que se suicidan, que se vuelven locas, que lloran en prosa y en verso por su ídolo amado "como Magdalena lloraba por Cristo". ¡La Biblia!

La pobrediblería que nos dedicamos a escribir, que pedimos a la literatura la solución del problema del cocido sin conseguirlo más que a medias, no salimos de nuestro asombro.

La imagen del figurante cinematográfico, como la de los ases de la arena, del césped o del "ring", se nos aparece aureolada de esplendores, surge ante nuestros ojos encantados coronada y besada por el triunfo, rodeada de gloria, de amor y de oro.

¿Qué somos, en efecto, los demás tristes mortales, los trabajadores, los productores, los creadores de la inteligencia o del músculo, los artistas, sabios, que apenas con nuestro sudor podemos dar de comer a nuestros hijos, ante este príncipe del séptimo arte, ante este afortunado tanguista y bailarín de los "cabarets" de Nueva York, que en cinco años conquista los Estados Unidos, se hace amo de los estudios californianos, redondea un afortunada inaudita, coloca su nombre y su retrato en todos los periódicos, se casa tres veces soberbiamente y muere tísico de ser tan amado de las muchachas más bonitas de éste y del otro continente?

No somos nada. No somos más que polvo, tierra, humus.

El hombre guapo se ríe de nosotros, insulta nuestra honradez impotente, desafía nuestra indignación o nuestra envidia con la insolencia de sus dientes blancos.

El danzante italiano o argentino pasa desdeñoso ante nosotros en su carroza de triunfo, envuelto en una nube rosa, en una atmósfera de incienso y de adulación, en una tempestad extraordinaria en que se confunde el trueno de las ovaciones con los estallidos de los neumáticos y el tiroteo del champán.

El pelliculero es el hombre del día, es el hombre a la moda.

El pelliculero es el hombre del gesto, de la mueca, de la "pose". Es la forma nueva de una substancia antigua, la moderna máscara de un tipo eterno: el farsante.

El farsante, que siempre ha tenido tanto éxito en sociedad, que ha gustado siempre tanto a las mujeres y a los hombres que no lo son más que aparentemente, que son la mayoría.

Y esta farsa, este rabotinismo pelliculero no se impone sólo en la pantalla. Prevalece en política, en arte, en medicina, en farmacia, etc., etc.

Se industrializa todo. Se trafica con todo. Impera el "bluff". El guapo de profesión acogota al inteligente y al bueno, les perdona la vida.

El triunfo de Valentino en el arte mudo dicen sus admiradores que representa el triunfo de la latinidad.

Será como quieren sus señorías. Pero el triunfo de la latinidad gesticulante y danzante no nos interesa. Nos importan otros valores de la raza, otras aptitudes que posee el saltimbanqui o del simio.

A mí el éxito de Valentino, del famoso comediante o tragediante italiano no me da frío ni calor.

Sé que con frecuencia la cinta o la pantalla no es más que una tercera y el pelliculero un amable celestino.

En ciertos cines de arrabal y aun en algunos de postín, lo que tiene importancia no es lo que se proyecta en el telón, sino lo que amorosamente abriga las sombras.

Por eso una casa norteamericana lanzó al mercado unas trompetas para avisar cuando el film va a terminar.

ANGEL SAMBLANCAT

En París

Ha ta los perros van a la escuela

"En París se ha abierto una escuela para educar perros. Se les enseña a recibir visitas, acompañar a la gente hasta la puerta, recoger las prendas que se caen o se olvidan y hasta a aprender andar con elegancia."

Sólo falta que les enseñen a bailar el "fox" y el "charleston", y se acabaron los "niños-pera".